

EL LIBRO DE LA SEMANA

Una maestra del matiz

Demolidora con Capote y deslumbrante con Kafka, siempre irónica y precisa, Cynthia Ozick es tan buena lectora como narradora. Sus ensayos reunidos son la mejor demostración

Por Nora Catelli

En 1966 CYNTHIA OZICK (Nueva York, 1928) publicó su primera novela, *Trust*. Sus cuentos, desde 1971, integran cualquier repertorio de la maestría de la literatura norteamericana. Los expatriados, inmigrantes, obsesivos lectores, rabinos enloquecidos, teólogos aficionados y picaros desesperados de Ozick recuerdan a los personajes que Isaac Bashevis Singer convirtió en miembros reconocibles del mundo nuevo, de esa América, del Norte y del Sur, meta sin retorno para los judíos centroeuropeos a partir de los pogromos de finales del siglo XIX.

La producción de Ozick era, hasta los ochenta, irreprochable. Entonces sucedió algo extraordinario. En 1980 apareció en *The New Yorker* un cuento de tres páginas, *El chal*, seguido en 1983 de su continuación, *Rosa*. En 1989 Ozick los publicó en libro; en 1992 Daniela Stein lo tradujo para la editorial Montesinos de Barcelona. Lo extraordinario es que, en menos de cien páginas, *El chal*, magistral e inquietante-



Metáfora y memoria. Ensayos reunidos

Cynthia Ozick

Traducción de Ernesto Montequín
Mardulce
Buenos Aires, 2016
432 páginas, 22 euros

—formas letales, sádicas, convulsivas, repelentes— son las que nos hace visibles *El chal*: el odio circula entre las víctimas como la única pasión que los mantiene vivos; es



La escritora Cynthia Ozick. Foto: Tim Knox / Eyevine

parte constitutiva de la memoria. No es casual que la canibalización aparezca como fantasía recurrente en las dos partes de *El chal*. Leer a Ozick exige al lector reverencia, aceptación de que el conocimiento de la Shoah cercena las posibilidades emocionales de la identificación, en las que abunda la cultura de masas dedicada a conmovir y hacernos llorar confortablemente.

Los ensayos de *Metáfora y memoria* pueden ser leídos en parte como expansión de ese principio exigente, como, según define la propia Ozick, "reflexión y visión interior". No permiten olvidar; no permiten la lágrima kitsch. Pero Ozick no es una profeta ni una moralista, y abarca otros registros. Pertenece a la gran tradición anglosajona, en la que la propia autora se inserta; sus ensayos son casuales, arbitra-

rios pero coherentes, libres en el discurrir y ligeros pero rigurosos y alérgicos al lugar común. Sabe que "un ensayo nace de una tarde junto al fuego de la chimenea, no de un combate ni de un safari".

Aunque desde el sofá, junto al fuego de la chimenea, Ozick puede ser feroz. La edición de Mardulce contiene piezas como un inclemente análisis (en 1973) de Truman Capote: *Otras voces, otros ámbitos* es un libro muerto, vacío; *A sangre fría* es sólo un diseño autorreferente. O, en 2006, un breve pero ácido comentario a la negativa de Jonathan Frazen a ir al programa de Oprah Winfrey. Las maneras de acceso a sus temas son tangenciales, lo que permite mantener un argumento y seguirlo frente a un material inmenso: así 'La señora Virginia Woolf: una loca y su enfermero' hace

visible, de modo inesperado, a Leonard Woolf; o en 'Fuego y humo: los diarios de Sylvia Plath' parte de la voz de Plath leyendo poemas: "Es como si los tonos de Eliot, tan omnipresentes en ese período, hubiesen sido transfundidos a las venas de una mujer, con toda la autoridad de sus cadencias rituales". En 'De la discordia y el deseo', sobre la muerte de Susan Sontag, se erige como la otra voz de la alta cultura, esa a la que no le era posible, como a Sontag, "vincular a Patti Smith con Nietzsche".

Hay dos núcleos que se disputan el centro en este libro. Uno es 'Metáfora y memoria', una pieza originalísima, que va y viene entre la herencia griega y la judía para sugerir, en una nota al pie, que la "metáfora es el heraldo de la piedad humana"; y que la piedad encuentra su figura inicial en la sustitución del sacrificio humano por el de un animal en el episodio bíblico de Abraham e Isaac. El otro está integrado por los ensayos fundamentales sobre Henry James, Kafka, Dostoievski y Tolstói: en Ozick siempre hay una confrontación entre la Historia y las obras, en un gesto desafiante que despliega, por ejemplo, todas las figuras de *Los cosacos*, una de las primeras novelas de Tolstói, incluyendo en esas figuras los silencios preteritos del creador y el conocimiento histórico del lector: las matanzas de judíos eran parte del ritual de esos "buenos salvajes" primigenios.

Hay que dejar para el final 'Contra la modernidad', donde Ozick consigna detalladamente la actividad de la Academia Estadounidense de Artes y Letras (entre 1918 y 1927), inspirada en el modelo francés, y se divierte señalando: "En la extraordinaria década literaria que siguió a la Primera Guerra Mundial la Academia no recogió, ni elogió, ni promovió, ni asimiló a T. S. Eliot, a Ezra Pound, a Marianne Moore, a William Carlos Williams, a Hart Crane, a Wallace Stevens, a Conrad Aiken, a H.D., a e.e. cummings". El tono no es airado, sino preciso, irónico, detallado; Ozick es capaz de darle dignidad a los caballeros indignados que habían soñado con luchar contra la modernidad y sus artefactos. Ese giro permanente hacia la restricción del juicio, hacia la matización del argumento, es, quizá, su lección más duradera. •

TRAMPANTOJO Por Max



EL PAÍS BABELIA 30.07.16 7